

# Ordenación de Diáconos 2023

Sábado 11 de marzo 2023  
Parroquia San Benito

Queridos fieles, hoy nos convoca este antiguo rito de la ordenación diaconal y la Palabra que hemos anunciado nos presenta un sorprendente y exclusivo pasaje del Nuevo Testamento. La Madre de Jesús aparece por primera vez en el Evangelio de San Juan en el comienzo del ministerio público de su hijo. El evangelista apunta sencillamente que «la madre de Jesús estaba allí», un dato que sugiere su continuo seguimiento como discípula.

Según el texto resultaría que Jesús y sus discípulos fueron invitados junto con María, dada su presencia en aquella fiesta. Esto ocurrió en Caná de Galilea, un pequeño pueblo vecino a Nazaret. El contexto es una boda de jóvenes hebreos y en plena fiesta la mirada atenta de una mujer acostumbrada a los detalles domésticos le permite constatar la carencia de algo importante para la celebración, y con pocas palabras se lo hace saber a Jesús: «no tienen vino» (Jn 2,3).

Con aquella sencilla expresión, María contribuye al “comienzo de las señales” del ministerio público de Jesús, aunque su respuesta: «Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía» (Jn 2,4), parece no ser la apropiada para un hijo dirigiéndose a su madre, como queriendo desentenderse de su pedido. A ese cruce de palabras le siguen los hechos; María no le responde, lo conoce, y confiando en el poder mesiánico de su hijo se dirige a los criados: «Hagan todo lo que él les diga» (Jn 2, 5). Luego Jesús ordena que llenen de agua

las tinajas destinadas a la purificación, y el agua se convierte en vino, mucho mejor del que se había servido hasta ese momento.

Quedó en el aire aquella expresión misteriosa de la ‘hora de Jesús’, un velado anuncio de su glorificación, cuando se cumpliese el tiempo en que debía pasar de este mundo al Padre. No creo que esa sentencia haya pasado inadvertida para quien dio muestras de guardar en su corazón lo que ya se decía de su hijo, cuando junto a José lo habían presentado en el templo (Lc 2, 22 ss). El autor del cuarto Evangelio describió el instante en que se cumplía esa simbólica hora durante la pasión, en el que Jesús debía pasar de este mundo al Padre; y ahí al pie del sacrificio, estaba María como testigo de un amor que llegó al extremo. Esa hora la vinculó de tal manera a la obra de la salvación, que su corazón se dilató para que su ternura materna alcance a todos los hijos redimidos por la muerte de su amado Hijo (Jn 19, 25-27). ¡Qué íntima comunión espiritual revela el Evangelio de San Juan entre Jesús y su Madre!

El hecho es elocuente. Es evidente que aquel primer milagro Jesús lo hizo por la delicada intervención de la Virgen y queda de manifiesto el nuevo sentido de su solicitud maternal por la humanidad entera, al salir al encuentro de todas sus necesidades. En Caná de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia, como lo fue la falta de vino para alegrar una fiesta de bodas, pero



no dejemos de valorar el valor simbólico protagonizada por el Hijo de Dios, quien adelantaba bajo el velo de los signos realidades futuras. En la tradición bíblica, los profetas presentaron las promesas de Dios para los tiempos finales bajo las figuras de un alegre banquete con vinos abundantes de la mejor calidad y de una alianza matrimonial definitiva con la humanidad. Para ese día Dios ha guardado el mejor vino para sus amigos. Con este milagro, por medio de figuras, Jesús dio comienzo a los tiempos finales.

María se puso al servicio de esas profecías. Al salir al encuentro de las necesidades de los hombres Ella manifiesta su total fidelidad a la voluntad del Creador como lo expresó en la anunciación: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (Lc 1,38). Su lugar es ponerse entre su Hijo y los hombres, cercana a la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Ella ahora, en este tiempo de la historia de la salvación, «elevada a la gloria de los cielos, acompaña a la Iglesia peregrina con amor maternal y con bondad protege sus pasos hacia la patria del cielo, hasta que

llegue el día glorioso del Señor». Asociada a la obra de la redención humana por un singular designio de Dios Padre, su maternal mediación consiste en hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres, como lo hizo en la tierra cuando suplicó en favor de los esposos en Caná.

Nuevamente al lado de Jesús, con su maternal intercesión, sigue muy cerca de sus fieles que acuden a ella, sin olvidarse de aquellos que ignoran que son sus hijos; porque su gloria se extiende a todo el género humano, como lo expresó tan bellamente el poeta Dante: «Tú eres aquella que ennoblecó tanto la naturaleza humana que tu hacedor no desdeñó convertirse en hechura tuya». Por lo tanto, es de suponer que rodeada de ángeles por testigos, la Madre sigue diciendo al Hijo: «no tienen»: paz, pan, salud; no tienen techo, tierra, trabajo; no tienen salud, consuelo, justicia; no tienen destino, esperanza, amor, lo necesario para una vida digna.

Queridos: Matías Ariel, Luis Eduardo, Martín y Matías, el ejemplo que nos deja la Virgen en Caná es modelo del servicio diaconal, para el cual ustedes van a recibir el ministerio ordenado.